Estas no son horas

Tardé un buen rato en descubrir que aquel timbrazo no sonaba desde mis pesadillas. Aún medio zumbada, encendí la luz: ¡las tres de la madrugada! ¿Había empezado la Tercera Guerra Mundial? ¿Mi madre habría sufrido un ataque? Antes de descolgar traté de despejarme y pensar en lo menos grave.

—En casos de crisis, lo más urgente es esperar.

Me lo dije a mí misma sin convencerme. Podía ser alguna de mis amigas en plena movida emocional por ruptura de noviazgo, o tal vez mi último novio perdido en fase lunar depresiva...

—¿Sí? —contesté tratando de contener el cabreo.

—Oye, que tienes curro.

Casi pego un salto hasta el techo. R. A., o sea, mi jefe, o sea, el hombre que vive solo para el traba-

jo, convencido de que la vida es fútbol, periodismo y alguna pequeña cosa más. Realmente, algunas profesiones se inventaron para santos o desesperados.

—Pero ¿de qué leches hablas a las tres de la madrugada?

—Anda, monina, date una ducha y ven volando hasta la redacción.

—Oye, negrero —a esas alturas, incluso el despido me parecía una bendición—, que yo sepa, trabajo, o soy esclavizada, en un diario deportivo, así que guerras, terremotos...

—Ha desaparecido Pichi. Y tiene toda la pinta de ser un secuestro.

—Amado jefe, ¿no será que se ha largado de juerga flamenca?

—¿Y pide diez millones de euros en billetes pequeños y usados para continuar la juerga?

—¡No jodas!

Desperté definitivamente. Una no se espera este tipo de casos trabajando en deportes. El mayor riesgo en este oficio consiste en que el presidente de algún equipo, descontento con tu reseña o crítica del partido, amenace con partirte la cara e

incluso lo intente. Un secuestro, y de uno de los nombres con más fama de cachondo, ya resultaba harina de otro costal.

En quince minutos estaba duchada y lista, al volante de un AX ruinoso que servía de mofa y escarnio para toda la redacción. El pobre estaba para asilo en chatarrería. En realidad, mi vida ofrecía un aspecto deplorable: coche ruinoso, apartamento mínimo de soltera... Jamás lograría unas buenas esmeraldas o una cuenta corriente saneada. Tampoco un novio decente, porque cada vez me duraban menos las relaciones; tanto, que aquella que lograba sobrevivir seis meses se convertía en un milagro. ¡Un asco!

Mientras arrancaba me imaginaba solicitando un aumento de sueldo porque, tal como marchaban las cosas, parecía la chica de los recados en lugar de una respetada reportera. Y ahora, detective. Como diría mi madre: «Hija, lo tuyo no tiene arreglo».

Y, hablando de detectives, ¿qué rayos tendría yo que ver en la búsqueda de Pichi? Que me hubieran enjaretado la sección de cotilleos no le daba

argumentos a R. A. para suponerme con información privilegiada. Mi techo de conocimiento alcanzaba hasta los líos amorosos, bastante frecuentes en los últimos tiempos. Punto final.

Llegué a la redacción en tiempo récord. Un miércoles de marzo a las tres y media de la madrugada ni siquiera da para atascos en Madrid.

—Hola, Paco.

—¡Coño, reportera, vaya horas para una visita! ¿Se prepara un golpe de mando en el periódico? Porque necesito saber a quién debo tratar de señoría y a quién ni ver ni saludar.

—Paco, lo tuyo es ya de alta política.

—Pst, uno, que vale más de lo que vende.

El portero de noche del edificio, casposo, cincuentón, seductor de polillas y con la cara enrojecida por la calefacción abusiva o por la enfermedad de envidia a todo y todos, debía ser quien llevara mi sección. El cotilleo formaba parte de su estómago y su lengua resultaba más peligrosa que la mordedura de una víbora.

—Malas noches, jefe.

—¿Has venido en escoba?

—Como las buenas brujas.

A mi espalda escuché una tos mal fingida, como de galán en paro. Apoyado contra la pared, un tipo de unos treinta y pocos, con pinta de ministro años cincuenta, es decir, pulcro, con traje y gemelos en la camisa, perfumado en exceso y gomina caduca en el pelo enlutado, trataba de ser presentado. Me saltaron todas las antenas de alarma. No me equivoqué.

—Camila, este es el inspector Aguadillas.

—Encantado, la leo todas las mañanas.

Traté de no hacer un chiste con el apellido y permití que casi rozara mi mano con su bigote recortado. Aquella sonrisa atravesada, a medio camino entre la estupidez y la maldad, no presagiaba buenas amistades. Intentaba parecer lo que no era y le asomaba la mala nata acumulada.

—¿Ya está avisada la pasma?

—Camila, hija, no eres más borde porque no entrenas. Te juro que tu parecido con Julia Roberts no proporciona bula general para la grosería.

¡Qué más quisiera una servidora que ser la tal Julia y no una reportera de tercera división!

—No se preocupe —alegó el Aguadillas con cara de perdonarme la vida—. Entiendo el «lenguaje profesional».

A punto estuve de soltarle una burrada «profesional». Si nos dejaban juntos y a solas, terminaríamos a bofetadas. Las malas vibraciones eran mutuas. La vida es una simple cuestión química.

—Bueno, centrémonos en Pichi. —A R. A. no le gustaban los preámbulos—. La cosa puede ser más seria de lo que podríamos esperar.

—¿Esperar, quiénes? —pregunté, nerviosa por la presencia de aquel presumido inspector—. Ni siquiera estamos seguros de que sea un secuestro. No sé, tal vez haya recibido una oferta millonaria en Australia y se esconde para evitar que le pisemos la exclusiva, o para meditar...

—¿Meditar? —R. A. me fulminó.

—Cosas más raras hemos visto. —No me dejaría amilanar—. Tal vez haya encontrado una pelirroja deslumbrante...

—Tiene gustos más nacionales. —Y el tal Aguadilla le guiñó un ojo a mi jefe.

Miré al inspector como si acabara de llegar desde Marte. ¿Sentido del humor o mala leche? Mala nata, seguro.

—Camila, si hubiera desaparecido sin más, tú no estarías aquí a estas horas. —Por fortuna mi jefe ignoró el guiño del inspector.

—¿Pruebas? —pregunté metida ya en el follón.

R. A. abrió un cajón de su escritorio y me pasó una nota redactada con recortes de revistas:

SI QUIEREN BOLVER A VER A POCHI, TIENDRAN QUE IR REUNIR DIEZ MILLONES EN VILLETES PECEÑOS Y USADOS. TIENDRAN NOTOCIAS.

COMANDO EXPEDIENTE X

—A mí esto me parece más una broma que un secuestro, jefe. Está lleno de faltas, conjuga los verbos peor que un tertuliano de programa rosa... ¿La mandaron al periódico?

—¿Cómo crees que nos hemos enterado si no?

—¿Quién más lo sabe?

—El director de su periódico, el comisario jefe, el señor ministro del Interior, usted y yo —soltó con voz engolada el inspector Aguadillas.

—No sé si sentirme halagada o muerta de miedo.

—Mejor las dos cosas, Camila. Te llamé a ti porque eres quien mejor conoce los pequeños secretos de los jugadores y también porque, si tú haces preguntas, las que sean, nadie se sorprenderá.

—Ya, como soy la cotilla oficial del fútbol.

—Alguna ventaja habría de tener.

—En realidad, todos somos unos cotillas —añadió el inspector, temiendo verse desplazado.

—¡Aún existen clases, maestro!

—Camila, mejor te calmas porque tendrás que trabajar mano a mano con el inspector. —Se le notaba tan molesto con el policía como yo—. Cuanto más amigos, mejor.

—Yo, a los amigos, los elijo. Y si no, pues me das un plus de sueldo...

—No hace falta que seamos amigos. —Me miró y tuve la impresión de que me veía como una

rata mal amaestrada—. Basta con ser buenos profesionales y respetarnos el territorio. —«Eso, como caniches», pensé—. Han secuestrado a un futbolista «de luxe». —Puso comillas con dos dedos de cada mano—. Suponemos que por motivos económicos, pero no se puede descartar que detrás se agazapen mafias internacionales, incluso organizaciones terroristas.

—¡Esto no es Bagdad, joder!

Ni se inmutó.

—Puede acabar siendo un escándalo nacional de imprevisibles consecuencias.

O estaba muy rayadito o era tan imbécil como para creerse James Bond. En cualquier caso, un peligro de tipo. Movía las manos al modo de un director sinfónico para dejar a la vista un enorme anillo cardenalicio.

—¿Y si fuera una broma? —pregunté para fastidiar el ego del inspector.

—Todo apunta a que no, Camila. —Mi jefe se frotaba la barba y los ojos por debajo de las gafas, señal inequívoca de preocupación seria—. Su coche apareció abandonado, abierto y con un

intenso olor a cloroformo en el interior. Nadie sabe nada del chico desde el entrenamiento de esta mañana, o sea, ayer. Había quedado en recoger a una prima lejana que llegaba de Córdoba a las siete de la tarde... Ni una llamada, ni una explicación. Nada.

—¡Cuánta eficacia!

—El asunto es serio, Camila. Y te necesitamos.

—Y, además, te vendría de perlas una exclusiva, ¿verdad, jefe?

—El negocio es el negocio.

—¿En qué condiciones? Porque si todo es negocio, mi trabajo también.

—Cuentas con todo el tiempo que necesites, de tu sección ya nos encargaremos entre todos. Además, una prima extra de tres mil euros si tus averiguaciones surten efecto. Viajes y extras, aparte. Sin pasarte, claro.

—No es mucho.

—Ni poco.

Conozco lo suficiente a mi jefe para saber que no sacaría ni un céntimo más. Me consolaba imaginando una exclusiva, un libro rápido, de esos de

usar y tirar tan al gusto de los tiempos y varios programas de telebasura que me dieran para comprar coche nuevo... Tal vez la entrada de un piso...

Con mucha suerte, podría ganarme cierto respeto de los compañeros que miraban mis curvas como si en ellas estuviera todo mi mérito.

Pichi parecía haber sido secuestrado. Incluso un ministro andaba en el ajo del asunto. Me daban carta blanca salvo por la sombra del Aguadillas, y me libraría del aburrimiento cotidiano. Con todo, lo del secuestro no me lo creía. Algo no encajaba.

Aquella madrugada de marzo de 2006 comenzó lo que parecía una entretenida tarea extra. Ignoraba que se transformaría en una de mis peores pesadillas.